

Cómo vencer el orgullo y la rebelión

Esta Lección se centra en el orgullo, sus diversas formas y cómo puede afectar la vida de una persona. Se discute la importancia de la humildad y la sumisión a la autoridad de Dios. Se ofrecen pasos prácticos para enfrentar la rebelión y aprender a confiar en Dios, así como la necesidad de vivir bajo autoridad y cómo esto puede llevar a una vida más plena y significativa.

Etapa I Arraigados

Taller:

Restaurados clase 3



Vida Abundante

¿QUIÉN TIENE EL CONTROL?

¿Quién dirías que tiene el control de tu vida en estos momentos? ¿Crees que eres tú mismo? Dios no creó tu alma para hacer la función de amo. En todo lo que hacemos servimos a Dios o a Mamón (dios falso). El negarse a uno mismo es el camino de la Cruz. El decir “no” a nosotros mismos y “sí” a Dios es la lucha más grande en la vida. La mentira más grande es creernos que somos Dios. Ésta tuvo su origen en el Jardín del Edén cuando Satanás dijo: “Llegaréis a ser como Dios”. El peor error que podemos cometer es creer o pretender que somos Dios. Rendirle todo a Dios parece un gran sacrificio, pero ¿qué es lo que estamos sacrificando? Estamos sacrificando una vida limitada a cambio de una vida abundante. La gran ambición de la humanidad es la de ser felices como animales en vez de ser bendecidos como hijos de Dios. Cuando intentamos tomar las riendas en nuestras manos, tenemos la sensación que controlamos la situación; pero ¿Qué o a quién controlamos realmente?, ¿Acaso pudimos decidir qué día naceríamos? ¿O quiénes serían nuestros padres?, ¿O dónde naceríamos?, ¿Podemos escoger el día en que moriremos? ¿Tenemos el derecho o la capacidad de controlar a las personas o circunstancias de nuestra vida para que nos beneficie? No, el único control que tenemos está en decidir a quién serviremos. Paradójicamente, sólo tenemos autocontrol (templanza) cuando nos rendimos completamente a Dios.

El Señor dijo: “La rebeldía es tan grave como la adivinación, y la arrogancia, como el pecado de la idolatría”. Desafiar a las autoridades nos pone en el campo del enemigo y nos somete a sus influencias. El Señor nos manda a someternos y orar por los que están en posición de autoridad sobre nosotros. El Apóstol Pablo escribió: “Todos deben someterse a las autoridades públicas, pues no hay autoridad que Dios no haya dispuesto, así que las que existen fueron establecidas por él. Por lo tanto, todo el que se opone a la autoridad se rebela contra lo que Dios ha instituido. Los que así proceden recibirán castigo”.⁹² El deseo de Dios es que nos sometamos a Él y demos nuestra lealtad siendo sumisos a quienes Él coloca como autoridad sobre nosotros. Renunciamos a nuestro derecho a gobernar y confiamos en que Dios trabajará a través de las líneas de autoridad que ha establecido para nuestro bien. Las Escrituras sí nos enseñan que hay circunstancias en las que debemos obedecer a Dios por encima del hombre. Cuando las autoridades gubernamentales nos ordenan que hagamos algo que el Señor nos prohíbe, o tratan de impedir que hagamos algo que Dios nos pide hacer, entonces debemos obedecer a Dios y no al hombre, como hicieron los cristianos de la Iglesia Primitiva en ciertas ocasiones.⁹³ De igual forma no tenemos obligación alguna de obedecer a quienes intentan ejercer su autoridad fuera de su jurisdicción. Por ejemplo: ni tu jefe ni tu profesora en el colegio tienen derecho a decirte qué debes hacer cuando estás en tu casa. Un policía no puede decirte qué debes creer o a qué iglesia debes asistir, pero sí puede darte una multa si estás incumpliendo una ley de tráfico.

¿Qué quieren decir Pablo y Pedro cuando instruyen a las esposas a someterse a sus esposos? 108 ¿Por qué se rebelan algunas mujeres ante la idea de sumisión? ¿Por qué abusan algunos hombres de la autoridad que Dios les ha dado en el hogar? ¿Por qué Pedro y Pablo instan a los hombres a suplir las necesidades de sus esposas con amor? Estas son algunas preguntas críticas a las que nos enfrentamos al discutir la distribución de roles en el matrimonio. Gran parte de la confusión y prácticamente toda la energía emocional que impulsa este debate, surge de un entendimiento erróneo del origen de nuestra identidad e importancia. Las personas tienden a basar su identidad en lo que hacen, y su sentido de importancia en posiciones y títulos. Concluyen erróneamente que su apariencia, su desempeño y su estatus proporciona su sentido de importancia. Lo que determina nuestra identidad no es lo que hacemos, sino quiénes somos en Cristo. Es decir, lo que hacemos no determina quienes somos, sino lo contrario: lo que somos determina lo que hacemos.

El Orgullo

Todos tenemos diferentes trasfondos, pero el orgullo, la rebeldía y la autosuficiencia son productos de la Caída, y un elemento común a toda la humanidad. El objetivo principal de Satanás es que el hombre busque su propio interés como meta suprema. Satanás es el “príncipe de este mundo” porque el egocentrismo reina en este mundo. La maldad que se transmite de generación en generación es una distorsión y preocupación excesiva del ser humano por hacer su propia voluntad. Esta obstinación es la principal característica de los falsos profetas y maestros. Pedro nos dice que: “Esto les espera sobre todo a los que siguen los corrompidos deseos de la naturaleza humana y desprecian la autoridad del Señor. ¡Atrevidos y arrogantes que son! No tiene reparo en insultar a los seres celestiales”. Ellos operan desde su espíritu independiente y no responden a nadie.

Humildad es colocar nuestra confianza en el lugar apropiado. Es por ello que Pablo dice: “no ponemos nuestra confianza en esfuerzos humanos”. Pero debemos tener toda la confianza que nuestra fe es capaz de depositar en Dios, y en lo que Él puede hacer a través de nosotros. Todos deberíamos desear, tanto para nosotros como para todos los hijos de Dios, que alcancemos nuestro máximo potencial en Cristo. “Mi Padre es glorificado si dais mucho fruto, mostrando así que sois mis discípulos”. El orgullo dice “yo lo logré”; en cambio la verdadera humildad dice “yo lo logré por la gracia de Dios”

“Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes”. Al reconocer el orgullo, estamos declarando lo que Satanás rehusó declarar, es decir, que dependemos de Dios. Al exponer y confesar el orgullo, reconocemos nuestro deseo de ser libres de una vida egocéntrica y auto-suficiente. Entonces seremos libres para comenzar a vivir por la gracia de Dios y obtener de Él nuestra fuerza espiritual e identidad, en Cristo.